

servir; pero que no pronunciaba una palabra, sin duda porque sentía vagamente la profunda tristeza de esta escena.

La hostelera dirigióse á la puerta, no sin volver la cabeza más de una vez; y así que hubo salido, Juan de Armagnac llenó los vasos de la duquesa Isabel y del hermano Pacífico diciendo:

—Madre mía, y vos también mi mejor amigo, ruegos no me desairéis. ¡Brindo por mi primer combate!

Las lágrimas de la duquesa saltaron y rodaron sobre sus descoloridas mejillas; eso no obstante, quiso llevar la copa á sus labios, pero rechazó instantáneamente el brebaje que contenía, cual si hubiera sido un licor hecho con sangre.

Levantóse Pacífico, cuyos ojos brillaron con pasajero resplandor.

—Juan de Armagnac—dijo con voz serena,— ¡que Dios te otorgue la bravura de tu padre! Ninguno de los mortales puede escapar á su destino. Los que te profesan entrañable amor quisieron ocultarte tu nombre; pero á la hora marcada por Dios, rasgóse por sí mismo el velo. Juan de Armagnac, conde de la Marche y duque de Nemours, ¡yo brindo por tu primer combate!

Y vació la copa de un sorbo.

IV

EL HIJO Y LA MADRE

—Mis ojos se cierran—murmuraba Juan de Armagnac, medio recostado en el canapé, en el sitio que poco antes ocupaba la duquesa Isabel;—¿sabéis, madre mía, que hace ya muchas noches que no puedo conciliar el sueño? Es aún muy temprano, y en esta estación no suele llegar la última luz del

crepúsculo hasta á cosa de las ocho... y si descanso un poco tendré más fuerza y vigor.

—Sí, aún es temprano—repitió maquinalmente la duquesa Isabel;—descansa, hijo mío.

Los párpados del hermoso doncel fueron cayendo, hasta que al fin quedaron del todo cerrados; pero volviolos á abrir casi instantáneamente para decir á su madre:

—Y sin embargo, tenía que deciros muchas cosas; hubiera deseado también probarme esos vestidos, que no han sido cortados para mí; ansiaba hablaros...

Interrumpióse al llegar aquí para llevar á sus labios las manos de la duquesa, y añadió bajando la voz y mirando de soslayo á Pacífico.

—Sí, hubiera querido hablar á solas con vos.

El pedagogo estaba en pie, junto á la ventana, vuelto de espaldas, inmóvil y con la cabeza reclinada sobre su pecho. Al verle se podía adivinar el esfuerzo de su penosa respiración.

—No nos oye—dijo la duquesa Isabel meneando la cabeza,—y si tienes algo que confiarme, pobre hijo mío, lo puedes decir sin recelo ni temor.

Coloreáronse las mejillas del joven con un tinte rosado, mientras respondía:

—Sí, lo acertasteis; he de confiaros un secreto, madre mía. Ya tal vez lo habréis adivinado, porque sabiendo cuánto os quiero, comprenderéis que fué preciso que me volviera loco para resolverme á abandonaros... ¿no es verdad? ¿Y cuál es la única cosa que puede hacer enloquecer á un joven de mi edad?

—El corazón—interrumpió la duquesa, consiguiendo con dificultad dibujar una sonrisa en su boca.

—¡Oh qué buena sois, madre mía!—exclamó Juan Rubio, cubriendo de besos las manos de Isabel, que

no había soltado un instante.—Yo debía no ocultaros nada, y así no habríais estado inquieta... pero acaso también me habríais prohibido partir... ¿Qué decís?

El joven interrogó á su madre con una mirada angustiada.

—Tal vez sí...—respondió la duquesa con acento triste.

—Escuchad, madre mía—repuso Juan de Armagnac;—es Dios quien la hizo aparecer en mitad de mi camino... es Dios quien me la ha hecho conocer, tan buena y tan hermosa. ¡Si amáis á vuestro hijo, madre, es preciso que le perdonéis!

—Yo le perdono—profirió la duquesa Isabel con voz dulce y grave.

—Es necesario hacer más aún, madre mía... Es necesario que améis también á la que vuestro hijo ama.

—Yo la quiero—dijo la duquesa Isabel inclinándose para depositar en la frente de su hijo un beso tierno y prolongado.

El joven elevó hacia su madre una mirada de reconocimiento y le dijo, correspondiendo con entusiasmo á sus caricias:

—¡Gracias, madre mía, gracias! Nunca en mi vida me he sentido tan feliz como hoy. Hacéis bien en quererla, porque es aún mucho más buena que hermosa, y porque es ella quien me ha dado la comisión de salvar al rey nuestro señor. Sabed, en fin, que si me he portado como un caballero antes de conocer el nombre de mi padre, á ella sólo lo debo.

Los ojos de la duquesa Isabel se habían separado de la frente de Juan y se perdían en el vacío. Un pensamiento acababa de nacer en su espíritu y la absorbía por completo.

—Quizá...—pensaba la infeliz entregándose á una súbita y halagüeña enajenación.—Sí, iré á ver-

la; ella ha de estar forzosamente enterada de todo... pero ¿y si no compareciera á la cita?

—¿No me escucháis ya, madre mía?—murmuró Juan de Armagnac, cuyos soñolientos párpados se cerraban.—Yo temía que tú le atribuyeras un deshonra, por la fatalidad de sus destinos. Oid, creo comprender todo lo que ha pasado; Blanca, sin saberlo, ha recogido nuestra herencia; Blanca lleva nuestro nombre, y se tributan á ella los honores que sólo á ti corresponden. ¿Quién sino Dios ha dispuesto que nos encontráramos ella y yo, para impedir que esa joven, inocente y dulce, fuera precipitada el día de la justicia en el abismo de miserias? Posee un corazón de princesa, y el bochorno la habría asesinado; mientras que así, madre mía, cuando vuelvas á ocupar tu trono, nos sentaremos entrambos á tus pies, tu hijo y tu hija... Y Blanca, al despertar de su sueño, encontrará que la realidad es aún más dulce que la ficción.

Callóse Juan; sus párpados estaban cerrados y una sonrisa de felicidad se dibujaba en sus labios.

—¿Me habéis oído, madre?—tartamudeó con esa voz perezosa, peculiar á los que están medio dormidos.

—Sí te he oído—respondió Isabel, cuyo pensamiento estaba en otra parte.

—¿Y encontráis que tengo razón, madre mía?

—Sí... Encuentro que tienes razón.

Los ojos de Juan Rubio se entreabrieron.

—Pues bien—dijo, volviendo á colocar sobre sus labios la mano de su madre;—siendo así, ruego á Dios y á la Virgen Santísima que me conserven esta noche la vida; pues sería muy triste perder tanta felicidad. Hasta luego, madre mía...; si duermo demasiado tiempo, ya me despertaréis.

Su cabeza cayó sobre el respaldo del canapé y quedóse dormido, en la absoluta confianza de que

su madre cuidaría de recordarle la hora de la batalla. Tales eran las costumbres de la época, durante la cual las madres, las hermanas y las prometidas, bendecían la espada del caballero que iba á luchar y á morir.

Por otra parte, la duquesa Isabel había dicho por la madrugada al hermano Pacifico, mientras que sus dedos acariciaban la rubia cabellera de Juan de Armagnac:— Has hecho bien, mi excelente amigo.

Es decir, has hecho bien en descubrir al hijo el nombre ultrajado y calumniado de su padre; has hecho bien en poner un arma en manos del hijo para vengar la honra de su madre.

Eso era lo que quiso decir la duquesa Isabel y eso fué lo que comprendió Juan de Armagnac.

Pero si hubiera observado á su madre en este momento, tal vez habrían variado sus ideas. Su madre contemplaba su sueño con una mirada fija, llena de tristeza y desaliento; y Juan Rubio hubiera visto que aquel corazón maternal olvidaba la venganza, y posponía quizá el honor mismo á todo cuanto no fuera evitar que corriera riesgo la vida de su hijo.

Los ojos de la duquesa Isabel no estaban húmedos; pero expresaban la mortal angustia que desgarraba su corazón, alterando vivamente la trágica belleza de su rostro, en el que se veían las huellas de las torturas que le habían afligido durante su viudez.

El reloj de San Eustaquio dió las cinco. Las vibraciones de la campana prolongáronse en el silencio durante más de medio minuto, pasado el cual, el aposento quedó mudo como una tumba.

V

EL TOCADOR DE PACIFICO

Transcurrieron algunos instantes. La duquesa hallábase al lado de Juan de Armagnac, que dormía, y en pie, delante de ella, elevábase la figura del hermano Pacifico, cuyo semblante acusaba los remordimientos más horribles. Para no despertar al joven, el infeliz preceptor hablaba muy bajo y decía:

—Vos me habéis dicho, mi noble señora, que yo hice bien; y yo no me preocupo de consultar á mi conciencia, ya que sólo me ha impulsado el amor que profeso á vuestra familia y el celo que siempre me ha animado para serviros. Juanito ha acreditado esta noche que es digno hijo de su padre... pero hay que tener en cuenta que ese Tarchino no maneja las armas como un caballero, y que viene de Italia; en vez de pelear, asesina. Cuando mi pariente, el soldado Jerónimo, me lo decía años atrás, no me fijaba yo en ello, porque nada me importaba la cobardía de ese miserable espadachín, pero ahora lo recuerdo bien y me parece que tengo grabadas en la memoria todas las palabras de Ripail. Jerónimo ha estado siempre pagado y orgulloso de su habilidad y ciencia en el arte de la esgrima, y sin embargo, confiesa que la espada de Tarchino le haría temblar. El italiano conoce una estocada desleal, un golpe secreto y traidor que le hace dueño de la vida de su adversario.

Por más acostumbrada que la duquesa Isabel estuviera á los circunloquios y vaguedades en que solía perderse el pensamiento caprichoso de Pacifico, la era muy difícil conservar esta vez la paciencia.

—Contadme lo que habéis hecho— interrumpió la desdichada señora.—¡Sufro mucho!

—¡Estáis sufriendo!—repitió el pobre hombre. Y luego añadió:

—Ved, pues, lo que he hecho, señora, aunque es muy poca cosa, ó mejor, nada. Cuando os he dejado esta mañana, fuíme al figón del tío Amapola, donde se solían reunir en otros tiempos los servidores de Armagnac y adonde acuden hoy los mercenarios de Graville. Amapola no es como su mujer, pues se ha entregado á su nuevo señor en cuerpo y alma, hasta el punto de que no tenéis en la actualidad peor enemigo. Creía yo encontrar en su taberna á mi primo Jerónimo; al principio tuve un momento de alegría, porque los mozos de la posada me han dicho que, efectivamente, estaba allí durmiendo en una cama.

Mi pariente no es más que un soldado pagado de sí, solo piensa en los demás después de haber consultado sus intereses. Me ha reconocido en el acto y me ha dicho: «¡Por Belcebú, que me parece un funesto presagio ver en el acto de despertar una fisonomía como la tuya, Andeol, primo y paisano mío!»

—Jerónimo—le he respondido,—en otros tiempos comisteis el pan de Armagnac; ¿no lo tenéis presente?

—Lo que tengo presente es que el pan de Armagnac era duro,—me ha replicado volviendo la cabeza.

Al primer golpe de vista, como es natural, el hombre había adivinado que yo iba á pedirle socorro. Agotado ya mi valor, he tenido, sin embargo, el suficiente para decir:

—Lo que por lo menos recordaréis aún, mi querido primo, es que un día salvasteis la vida de la duquesa Isabel y del último Armagnac.

—Cuando hice eso, era todavía muy joven,—me ha replicado muy secamente.

A pesar mío se han juntado mis manos y he prorrumpido:

—¡Ah primo mío, mi buen primo Jerónimo; hemos vivido los dos juntos, cuando éramos niños, en el hermoso país de Armagnac. La acción de que ahora renegáis os será tenida en cuenta en la hora de la muerte y decidirá, acaso, de vuestra eterna salvación. Primo mío, el pequeño Juan de Armagnac, á quien tanto amasteis quince años atrás, debe cruzar hoy su acero con el del capitán Vincencio Tarchino.

Al oír esto Jerónimo ha saltado de la cama y se ha puesto en pie: no es tan malo como él mismo pretende afectar, lo único que le perjudica, es que cuando reflexiona acerca del buen impulso que le inspira su corazón, se detiene para preguntarse: «¿Qué cuenta me trae eso?»

—¡Tarchino!—ha exclamado Ripail;—no hay más medio que atar al joven Armagnac en la silla de un caballo, y dispararle para que huya adonde Dios ó el diablo quieran.

—Primo—le he dicho yo entonces,—el niño es ya un hombre.

—Sí, sí, un hermoso caballerito—he oído que murmuraba para su capote Ripail;—pero ya que no tuvieron confianza en mí en aquella época, arréglense como puedan, y no me fastidien más con sus negocios.

—Es decir que conoce á mi hijo Juan—interrumpió la duquesa;—pues que supones que ha dicho que es un hermoso caballerito.

—Según yo comprendo—respondió Pacífico,—los dos pudieron encontrarse y entablar relaciones en la floresta de Benevent... Nada de esto me ha dicho Jerónimo; pero yo tengo para mí que no es sólo

por la gracia de Dios por lo que nuestro Juanito maneja tan admirablemente la espada de su padre.

Volviendo otra vez á mi primo, creyéndole ya vencido, he osado añadir:

—La obra de los traidores está para desplomarse; mira si no cómo concluye ya la regencia de Ana y cómo el rey Carlos se vuelve hombre hecho y derecho. Esta noche, nuestro joven señor Juan ha salvado la vida del rey, con la ayuda de Dios.

—¡Oh, oh! — ha exclamado Jerónimo. — ¿Es él quien ha dado el golpe? ¡Pardiez! he aquí un gallito á quien le crecen rápidamente los espolones. Bueno: si se encuentra esta noche con seis pulgadas de hierro en el pecho, podrá serle de alguna utilidad.

—Tanto más — he añadido yo, — cuanto que Monseñor Luis, duque de Orleans, le ha dado el parabién, prometiéndole no olvidar su heroica acción. Sí, las cosas van á cambiar. Armagnac recobrará la herencia de sus padres, y los que le hayan ayudado no tendrán de qué arrepentirse.

—¿Es esta tu opinión, primo Andeol? — me ha preguntado Jerónimo con aire pensativo.

—Es mi opinión — he contestado yo resueltamente.

—Bueno, bueno — ha exclamado Ripail; — tu vas más de prisa que yo en este negocio: en cuanto á mí, aún no ha llegado mi hora de intervenir.

Y ha vuelto á meterse en la cama, cubriéndose con las sábanas hasta los ojos.

—¡Por el santo nombre de Dios! — iba yo á exclamar; pero Jerónimo me ha cortado la palabra diciendo:

—Primo Andeol, si creíste que era yo capaz de hacerme matar por los bellos ojos de tu joven señor, eres más loco de lo que yo me figuraba.

Ibame ya, lleno de desaliento y pesadumbre,

cuando me ha vuelto á llamar para preguntarme el sitio y hora de la cita.

—¡Bien elegido! — ha exclamado después de oír mi respuesta, — ¡al pie del Louvre!... Precisamente al alcance de las aspilleras que ocupan los soldados de Graville, que dan la guarnición en aquel punto. ¡Por vida del diablo! no puedo consentir que asesinen de esta manera al pobre niño... Además, Blanca no me lo perdonaría nunca.

—¿Esto ha dicho? — interrumpió ávidamente la señora.

—Sí — repitió el hermano Pacífico, — estoy cierto de que ha pronunciado estas palabras, y ha añadido después: No esperes, porque no te prometo nada, primo Andeol. Tú sabes muy bien que yo no soy un caballero andante. Acudiré á la cita, haré de testigo para que el combate sea leal y he aquí todo. Ya puedes ahora largarte.

Mientras Pacífico pronunciaba estas últimas frases, la duquesa Isabel había tomado de encima de la cama su espeso velo. Preparábase para salir á la calle.

—Nada hay que esperar por este lado — dijo con voz bastante firme; — no puede haber combate leal entre un desalmado espadachín y un niño... Estaba loca, Pacífico, cuando te dije esta mañana: Has hecho bien.

Pacífico bajó los ojos al oír este reproche más ó menos justo, y guardó un respetuoso silencio.

—Sí, estaba loca — insistió la duquesa animándose; — la cólera me había cegado. ¿Qué le importa al señor el insulto del vasallo? ¿Y no es un acto de demencia permitir que el hijo de Armagnac cruce la espada con un fementido aventurero?

—Es verdad — exclamó Pacífico abriendo sus ojos cuanto pudo. — ¡Sí, es verdad!

—Has obrado mal — repuso la dama; — era mejor

dejarle ignorar lo que podía perderle. ¡En un día has malogrado el trabajo de quince años!

Pacífico que no osaba ya levantar sus ojos del suelo, repetía con voz consternada:

—¡Es verdad, mi noble señora, es verdad!

No era él ciertamente quien podía desentrañar lo que hubiera de injusto en la reconvencción de la duquesa Isabel, pues amaba á Juan de Armagnac con el mismo amor que su madre.

—Una sola semana—prosiguió la duquesa,—un plazo menor todavía, habría bastado para salvar á mi hijo; porque es seguro que el astro de Armagnac vuelve á brillar en el horizonte... y precisamente cuando íbamos á entrar en el puerto de salvación, tu imprudencia nos ha hecho embarrancar en los escollos.

Pacífico se golpeó el pecho sin responder palabra alguna; y la duquesa, que no veía la tortura que sufría su pobre servidor, continuó diciendo con la mirada fija en su hijo dormido:

—Y tú no puedes reparar el mal que has causado. Otro que tú, tomaría una espada y se lanzaría en busca del peligro; ¡pero tú, Pacífico, tú no sabes manejar una espada!

El pedagogo, cuyas piernas vacilaban, hubo de apoyarse en el respaldo de un sillón para no dar con su cuerpo en tierra; cada una de las palabras de la duquesa era como un puñal que penetraba en el fondo de su corazón.

—¡Es verdad!—dijo sollozando.—Todo cuanto acabáis de decir es cierto, mi noble señora.

Isabel había terminado sus preparativos para salir.

—No me atrevo á besarle—dijo,—por temor de que despierte... porque, fijate bien en esto, Pacífico: durante mi ausencia no quiero que nadie le despierte. Vela su sueño, protege su descanso. Tal vez

así llegue á dar la hora sin que él lo oiga, con lo cual evitaríamos la mayor de todas las desgracias.

Cada vez que la duquesa Isabel emitía una idea, el pobre Pacífico se apoderaba de ella con avidez. Irguióse, y un rayo de candorosa esperanza brilló en sus tristes ojos.

—Es verdad—dijo con su frase habitual;—no había caído en esto.

Y luego añadió sonriendo de improviso:

—¡Hace ya tanto tiempo que no ha dormido un buen sueño! Ya son las cinco y media... Apostaría á que no despertará antes de media noche.

—¡Permitalo Dios!

Y como, dichas estas palabras, la duquesa levantara el cortinaje que cubría la entrada del aposento, Pacífico se adelantó un paso hacia aquélla murmurando:

—Sufriré mucho, mi noble señora, si antes de partir no me decís que me perdonáis.

La duquesa Isabel no tenía, ciertamente, conciencia del mal que le había inferido; por otra parte, era demasiado buena para no guardar un profundo reconocimiento hacia el único servidor que la había seguido en el infortunio; y además, nadie en el mundo conocía á Pacífico mejor que su señora.

Lo que dijimos en las primeras páginas de esta historia, la duquesa Isabel era muy capaz de comprenderlo. En el hermano Pacífico había dos caracteres, ó mejor dicho, dos hombres diversos: el que solía verse tímido y casi impasible, y el que se alzaba en ciertas ocasiones y sin saberse por qué, lleno de fuerza y de valor; en otros términos: el que se arrastraba en la humildad de su limitadísima esfera y el que se erguía, acaso inconscientemente, elevándose de súbito sobre el nivel de la talla viril.

Esta ¡ cosas son inexplicables, pues nadie puede dar la razón de cómo estalla una chispa entre la

pólvora desparramada y abandonada á lo largo de un camino desierto.

Cuando el hermano Pacífico se acercó á pedirle perdón sencilla y humildemente, la duquesa vió cruzar ante sus ojos los últimos quince años de sacrificios, adhesión y ternura sin límites; así es que tomó la mano del pedagogo, estrechándola entre las suyas con lágrimas de emoción en los ojos y una sonrisa de gratitud en los labios.

—Amigo mío—dijo la dama,—yo no os pido perdón á vos, porque demasiado sabéis que soy su madre y que el dolor llega á cegar. Pero en esta hora de suprema angustia os repito que los que llevan el nombre de Armagnac vivirán y morirán perpetuamente reconocidos á vuestra abnegación y á vuestra lealtad.

Esto dicho, soltó la mano del preceptor y desapareció tras los cortinajes de la puerta.

Pacífico quedó un instante como aterrado.

—¡Abnegación!—repetía,—¡reconocidos! Eso es todo lo que me ha dicho. ¡Santo Dios, no ha llegado, pues, á perdonarme!

Su semblante estaba desencajado, y para dar expansión á su dolor, empezó á recorrer el aposento á grandes pasos.

—Sí, soy yo quien ha creado estos conflictos—pensaba el pobre hombre con el corazón lacerado por los más punzantes remordimientos;—yo soy quien ha dicho al joven: «¡Desenvaina tu espada!» Si el heredero de Armagnac sucumbiera en este desigual combate, sería yo quien le habría asesinado. ¿Cómo podría perdonarme jamás esta desgracia la señora?

Detúvose de pronto retorciéndose las manos, mientras que los sollozos agitaban violentamente su pecho.

—Marión, mi pobre mujer—murmuró el infeliz,—

ya ves cuán atinadamente he obrado abandonando á nuestros hijos desde la cuna.—¡Yo tengo la desgracia de matar á los que amo mucho!

Copiosas gotas de frío sudor caían de su frente.

Al recorrer la habitación en todos sentidos, gesticulaba como un insensato. Sus pesados pasos, dados sin precaución alguna, hacían estremecer el pavimento. Ya no se acordaba de aquel precioso sueño del niño que tenía la misión de velar y proteger, y si Juan de Armagnac no llegó á despertarse fué porque el joven dormía bien á pierna suelta.

Pacífico permaneció algunos minutos agitado de esta manera, y luego acabó por sentarse en una silla colocada entre el canapé y la cama en que la tía Amapola había dejado el traje y equipo de caballero. Hacía ya media hora que estaba solo y el sol seguía aún muy alto.

Calculó entonces que lo menos había de transcurrir un siglo antes de que llegara la hora del crepúsculo vespertino.

La responsabilidad que sobre él caía le agobiaba terriblemente, pareciéndole que si no volvía al hijo al lado de la madre sano y salvo, la duquesa le diría esta vez: «Eres tú quien le ha muerto.»

Hasta entonces el sueño de Juan de Armagnac había sido tranquilo y profundo; el cansancio es el mejor de los narcóticos, y Juan Rubio estaba cansadísimo; pero en el momento en que el hermano Pacífico se sentó entre el sofá y la cama, el joven empezó á agitarse. Levantóse Pacífico cuan alto era, dobláronse luego sus vacilantes rodillas y prosternóse como si fuera á orar.

—No te despiertes—tartamudeó juntando las manos, dirigiéndose al niño en su cándido é inocente sentimiento.—¡Por el santo nombre de Dios, no te despiertes! Trátase de tu vida y la de tu madre.

—Juan, Monseñor—añadió cambiando de tono y

dando á su voz persuasivas inflexiones;—mi joven señor duque, hace ya muchas noches que no habéis dormido ni cerrado los ojos; no bastan algunas horas de sueño á vuestra edad, en que se necesita gran reposo y descanso. Dormid, dormid, Monseñor, en la gracia de Dios todopoderoso y bajo la custodia de vuestro servidor antiguo y fiel.

Su voz había ido suavizándose hasta confundirse con el murmullo de la brisa; hubiérase dicho, al oírle hablar, que su acento se asemejaba al canto monótono y tierno de la amante nodriza que está acunando al niño confiado á sus desvelos.

El reloj de San Eustaquio dió seis campanadas. Hacía media hora que la duquesa Isabel había partido. Juan de Armagnac extendió sus brazos despe rezándose, y murmuró con esa voz sorda que sucede á una pesadilla:

—¡Una espada, una espada!

Pacífico, en cuya mirada se dibujó un terror indescriptible, buscó consternado el acero que pendía poco há del cinto del joven. La espada con empuñadura de hierro bruñido y la hoja negra y larga, hallábase tendida detrás de la cama de la tía Ampola. Pacífico corrió la cortina de la alcoba, sujetándola de suerte que ocultara mejor aquella arma que con tanto empeño pedía el pobre niño, y que debía ser impotente para proteger su vida contra la cobarde traición del italiano asesino.

—¡Una espada!—repetía Juan de Armagnac, en cuya frente brillaban gruesas gotas de sudor.—¡Una espada, para vengar á mi padre y á mi madre!

Pacífico se retorció convulsivamente las manos, porque no se le ocultaba que aquel sueño tempestuoso no podía durar ya mucho tiempo. El sol brillaba menos, no hiriendo ya sus rayos la cúspide de los árboles vecinos; pero su luz bañaba aún las veletas y torres de aquellos contornos.

Pacífico miró hacia la puerta.

—¿Qué sacaría yo con cerrarla?—murmuró.—Poca cosa es una puerta cerrada para detener á un Armagnac en el camino del combate.

Sus ojos dirigiéronse entonces del lado de la ventana abierta.

—Y además, por aquí hay otra salida—añadió.—Si yo fuera un hombre robusto, podría oponerme á su fuga; pero Dios me ha colocado en la última escala de los hombres, y soy más débil que una misera mujer.

Enfrente de la ventana, y sostenido por dos columnitas de madera de encina, bruñida por el tiempo, lucía un espejo de forma ovalada. Los ojos de Pacífico acertaron, por casualidad, á encontrarse con este espejo; podría casi asegurarse que el pedagogo no se conocía á sí propio: tan poco frecuente había sido en él la tentación de buscar su imagen en el fondo de una superficie tersa, lisa y brillante.

Mostróle el espejo su semblante pálido, desencajado y envuelto en una cabellera que se descomponía en mechones largos como culebras. Su primer movimiento fué el de retroceder un paso, como si se hubiera encontrado delante de un fantasma; pero después se vió preso de una curiosidad verdaderamente infantil, que le indujo á acercarse más y más para poder verse mejor.

—Creíame más viejo de lo que soy, al parecer—murmuró;—Tarchino no es tan joven como yo.

Sus labios proyectaron una amarga y triste sonrisa, mientras añadía:

—Pero Tarchino no tiembla como yo á la vista de una espada.

Y meneando la cabeza, volvió de súbito la espalda al espejo, como para atestiguar el profundo desdén que su persona le inspiraba.

—¡Pobre señora y pobre niño!—pensó en alta voz;

—mejor que mi inútil afecto y mi lealtad estéril, os hubiera valido poseer la adhesión del más infimo mercenario. Yo no puedo nada; solo sé rezar y Dios no escucha mis humildes ruegos.

Oyó sonar las seis y media, y su corazón se dilató en un transporte de dulce esperanza; pero en este mismo instante, Juan de Armagnac se incorporó en su canapé, y dijo frotándose los ojos:

—Ya he dormido bastante.

Pacífico se ocultó en el hueco de la ventana, donde permaneció inmóvil sin decir palabra y con el aliento comprimido dentro de su pecho.

Juan de Armagnac lanzó en torno de sí una investigadora mirada, con los ojos soñolientos y medio cerrados.

—¡Madre mía!—exclamó con voz destemplada.

Y como la duquesa Isabel no se diera prisa en contestar, Juan Rubio dijo de nuevo:

—¡Pacífico!

Igual resultado obtuvo esta vez que la otra, con lo cual la cabeza de Armagnac volvió á caer sobre el almohadón del respaldo, mientras decía:

—Todavía hay mucho sol. Aún tengo tiempo de dormir.

El alma entera de Pacífico se dirigió á Dios para tributarle la más fervorosa acción de gracias; en este momento volvía á abrirse su corazón á la esperanza, con tanto mayor motivo, cuanto que en aquel instante de suprema ansiedad, en que su joven señor había luchado contra el sueño salvador, habíasele ocurrido una luminosa idea.

Así como había ocultado la espada, ¿no podía ocultar también las vestiduras y el equipo de caballero? En un momento en que el orgullo de la viuda de Armagnac se había sobrepuesto á sus debilidades maternas, pidió la armadura y arreos de un soldado; pero luego había vuelto la reacción á apo-

derarse de su alma, y dijose entonces: «Juan de Armagnac, conde de la Marche y duque de Nemours, no puede cruzar su acero con el de un mercenario.»

Pacífico cruzó el aposento andando sobre las puntas de sus pies, volviendo á acercarse á la cama en que estaban los avíos que trajo algunas horas antes la Amapola. Levantó la cubierta de la cama para poner debajo los objetos que deseaba ocultar, y ya algunas prendas habían casi desaparecido cubiertas por la tupida lana, cuando el hermano Pacífico detúvose de repente, clavando los ojos en tierra, como si se entregara á una profunda meditación.

—Otro que yo, no acudiría á estas estratagemas —pensó,—sino que se aviaría con esos arreos, se ceñiría ese cinto, colgaría de él aquella espada... ¡pero yo!

Paróse al llegar aquí y rióse, encogiendo los hombros en ademán de desprecio.

—¡Oh, yo!—añadió desdeñosamente,—¿sabría siquiera cómo empezar el avío de un hombre de armas? Veo aquí muchos objetos cuyo uso me es del todo desconocido.

Y examinaba con torpeza las piernas y los brazos de malla.

—No—murmuró,—decididamente, eso no se ha hecho para mí.

Y sin embargo, mientras así se expresaba, continuó removiendo las prendas desconocidas de aquel traje belicoso; maquinalmente iba poniéndolas en orden, unas junto á otras, encima de la cama; maquinalmente también, é insistimos en esta palabra porque el hermano Pacífico en persona se habría considerado á sí mismo un loco de atar si se hubiera dado cuenta de lo que hacía; maquinalmente, decimos, fue desabrochando uno á uno los corchetes de su sotana.

Tuvo un momento de vacilación, y luego se sentó al pie de la cama. La casualidad ordenó que Juan de Armagnac hiciera uno de esos movimientos bruscos, propios del que duerme un sueño agitado. Un vivo destello brilló en la mirada de Pacífico, quien, á su vez, repitió entre dientes:

—Sí, sí; eso es... otros en mi lugar obrarían así.

Sus pobres calzones, que habían alcanzado ya un grado de venerable madurez, cayeron en seco sobre el pavimento de la habitación, y sus desnudas piernas se estremecieron al contacto de las frías mallas; pero se echó á reír como un niño cuando vió que el tisú de acero dibujaba al natural las angulosas líneas de sus piernas.

—Y no obstante, mis rodillas debían ser fuertes —pensó alargando la pantorrilla, en medio de gran crujido de músculos, huesos y tendones.—Así va bien... nunca lo había probado...

Cogió de una vez los dos borceguies y empezó á abrocharse hebillas y correas. Las piernas del buen hermano Pacífico estaban completamente armadas á la ligera, siendo imposible pintar la prodigiosa sorpresa que experimentó al mirarse; porque en este momento despertó de su quimera y lanzó una mirada de estupefacción sobre sus antiguos calzones; aquellos calzones suyos, propios, gastados, agujereados y llenos de remiendos, que se hallaban en aquel instante á los pies de la cama.

Púsose colorado desde los pies á la punta de los cabellos, y su primer movimiento fué el de volver á tomar su pristino ser y forma, pues esto le parecía una mascarada indigna de su edad y de su estado grave. Juan Rubio volvió á agitarse en su canapé con violencia, y Pacífico murmuró dando á su triste mirada una expresión de cándido heroísmo:

—¡Bien! si conozco que tengo miedo, no me bati-ré; ¡pero mientras me matan ganaremos tiempo!

¡ Su sotana, su vieja y querida sotanilla, fué á juntarse sobre el pavimento con los desmedrados calzones negros. Hay que confesar que el hermano Pacífico no hubiera sospechado jamás que viniera un día en que ninguna fuerza humana pudiera separarle de su adorada sotanilla. Abrochóse luego de cualquier manera el jubón de piel de búfalo, durante cuya operación decía de buena fe:

—Todo esto parece hecho expresamente para mi medida; habría sido demasiado grande para mi joven señor.

Por encima del jubón sujetóse las mangas de malla; púsose luego el cinto, al cual estaba adherida una daga de doble filo cuyo aspecto le heló la sangre en las venas, pues no ignoraba el buen hombre que con la ayuda de este instrumento se remataba á los desdichados á quien la espada había ya hecho sucumbir.

Faltaba sólo ponerse el birrete con pluma, que al principio se colocó del revés y luego del derecho.

En este momento, Pacífico tenía ya entera conciencia de lo que iba á ejecutar; poco á poco se había hecho cargo de su situación á través de mil rodeos, de pavorosos terrores infantiles y de pueriles sorpresas. Pero al fin, repetimos, el buen hombre adquirió la plena convicción de su estado: el hermano Pacífico sabía que iba á morir.

Animado por esta resolución, apartó con un ademán más firme y varonil la cortina que ocultaba aquella espada que tanto le hacía estremecer poco ha; y á la vista del acero homicida, irguióse su cuerpo como á pesar suyo; vaciló aún, pero por muy breve espacio, transcurrido el cual tomó la hoja guerrera en un transporte de alegría y firmeza.

—¡Oh! —exclamó levantando el pesado acero á fuerza de puños,—jamás hubiera creído que esto pesara tan poco.

Esto dicho, colgóse la espada del cinto y vió con satisfacción que su bruñida empuñadura le golpeaba el costado. De un puntapié dado con el mayor desdén, metió bajo la cama los menguados calzones y la raída sotanilla tan querida y cuidadosamente conservada desde fecha inmemorial.

Empezaba ya á llegar la noche; ni un rayo de sol doraba las veletas de las casas vecinas, y los edificios lejanos empezaban á confundirse entre las sombras del crepúsculo. El hermano Pacífico dirigióse hacia la puerta, procurando apagar el ruido de los borceguies armados con aceradas espuelas.

—No me falta más que mi caballo—pensó sonriendo con cierta gallardía;—quizá sin saberlo, estoy llamado á ser un famoso paladín, un rayo de la guerra.

Iba á cruzar el dintel, cuando su mirada volvió á fijarse en el espejo que lucía delante de la ventana. La coquetería le entró sin duda al mismo tiempo que el valor, porque se sentía dominado de un irresistible deseo de contemplarse cara á cara. Acercóse, pues, al espejo, enderezando cuanto pudo su anguloso talle y echando hacia atrás los largos mechones de su cabellera. El espejo, que poco antes le había mostrado su imagen humilde y dolorosa, mostrábale ahora una frente varonil rodeada de una aureola de arrogancia y altivez. Hubiérase dicho que su estatura había crecido más de un codo. El aspecto enérgico y viril de sus facciones resaltaba más entre el terciopelo de su birrete y las aceradas mallas que cubrían sus hombros.

Hay que convenir en que el pobre Pacífico era un hombre en toda la extensión de la palabra, hasta el punto de que, al verse á sí mismo, sintió un movimiento de noble orgullo.

Luego bajáronse tímidamente sus ojos, mientras un vivo carmín teñía su frente, inclinada de nuevo.

—Yo hubiera querido—pensaba el infeliz á pesar suyo,—que antes de morir, la duquesa Isabel me hubiera visto de este talante.

Este fué su último capricho infantil.

—Adiós, Juan, mi querido señor—dijo arrodillándose cerca de Armagnac, dormido, y besándole las manos con apasionada ternura;—pronto voy á aparecer ante Jesús y María; yo les rogaré, Monseñor, para que os hagan del todo feliz á vos y á vuestra santa madre así en este mundo como en el otro. Adiós, Juan de Armagnac; duermo tranquilamente, mi querido señor. ¡Ni vos ni ella sabréis jamás lo que había en el corazón de Pacífico!

Levantóse bruscamente y pasó la mano por su frente, como si estas últimas palabras le hubieran sorprendido á él mismo.

Inmediatamente cruzó el dintel de la puerta, y como Simón, armado también de punta en blanco, le estorbara el paso, quitóselo de delante dándole un soberano empujón, y salió á la calle sin volver atrás la vista.

Un instante después, caminaba con la cabeza erigida y la mano en el pomo de la espada, dirigiéndose con desenfado hacia la torre del Louvre.

VI

ARREPIÉNTETE

Todo era tristeza, fatiga y desaliento dentro de los muros de la Marche. Aquella maravillosa fiesta de carácter bíblico que debía durar tres días y hacer época en la historia, había terminado de la manera más lamentable, y aunque tan alegremente comenzada, no debía proseguir el día siguiente.

Cuando el sol se levantó sobre las magnificencias del país de Jerusalén, todo aquel cuadro inmenso,